

XIV^o Domingo en el Tiempo Ordinario

Un día San Francisco subió a las montañas cerca de Asís para orar. De pronto, tuvo una visión en el cielo. Se apareció uno de los ángeles que el profeta Isaías había visto cerca de Dios cantando Santo, Santo, Santo. San Francisco vio un serafín con seis alas de fuego que descendía hacia él. Después, en medio de las alas apareció la imagen de un hombre atado a una cruz. Jesucristo lo miraba, lo cual llenó de alegría a Francisco, pero Francisco también miraba el Cristo sufriente, lo cual también lo llenó de tristeza. Cuando desapareció la visión, Francisco notó las marcas de la crucifixión en sus propias manos, pies y costado. A este milagro se le llama los estigmas, la palabra griega para "marcas", que aparece en la segunda lectura de hoy, tomada de la carta del apóstol San Pablo a los Gálatas. Después de San Francisco, cientos de personas afirman tener los estigmas, pero todos ellos han sido motivo de controversia, incluso San Pío de Pietrelcina, más conocido como el Padre Pío. Aquí, en el noreste de Kansas City cerca del final del siglo XIX, la diócesis abrió una iglesia llamada San Francisco Serafín, que conmemoró esta antigua visión y la belleza de la cruz de Cristo. En 1991 esa parroquia fue cerrada y se unió junto con la iglesia de San Juan Bautista y la iglesia de La Asunción; estas se convirtieron en la iglesia católica de San Antonio. Todavía tenemos algunos miembros aquí que una vez pertenecieron a la parroquia que llevó el nombre del día en que San Francisco de Asís recibió los estigmas.

Al final de la carta a los Gálatas, Pablo escribió, "No permita Dios que yo me gloríe en algo que no sea la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo está crucificado para mí y yo para el mundo." Entonces escribió, "Llevo en mi cuerpo la marca de los sufrimientos que he pasado por Cristo." Algunas personas se preguntan si San Pablo habrá tenido los estigmas de la misma manera que San Francisco recibió más de mil años después. Probablemente no. Pablo probablemente estaba hablando de las cicatrices que llevaba de sus muchos sufrimientos: el hambre, la sed, el frío, estar expuesto a la intemperie, el naufragar, flotando un día completo en el mar, encarcelamientos, golpizas, y 39 latigazos en cinco ocasiones diferentes. Hubiera sido difícil de detectar sólo cinco heridas en el cuerpo de San Pablo. Los enemigos infligen sus heridas, pero Pablo las llevaba con orgullo como las marcas de Jesucristo.

Muchas personas llevan marcas en sus cuerpos. Algunos tienen heridas sufridas por la guerra, signo de sacrificio por su país. Muchas mujeres llevan marcas por el embarazo, signo de la alegría y el sacrificio de la maternidad. Algunos recibieron lesiones en el trabajo o mientras practicaban deportes. Todas estas marcas de debilidad se convierten en señales de sacrificio y esfuerzo. Algunas personas autorizan marcas en sus cuerpos como tatuajes. Estos muestran lo que les gusta y a quien le pertenece su vida. Algunos tatuajes en realidad promueven el mal y la violencia, que no es para nada lo que llevaron San Pablo y San Francisco.

En los días de Pablo, algunos dueños tatuaban a sus esclavos, marcándolos por vida como su propiedad. Pablo escogió ser esclavo de Cristo, por lo que las marcas en su cuerpo demostraban a quien servía y a quién pertenecía su vida.

Algunas de las marcas que llevamos son emocionales. Quizá tienes heridas porque alguien en tu familia abusó de ti, o porque tu cónyuge te fue infiel, porque el alcohol controló tu vida, o porque una tragedia te robó a una persona joven que amabas. Esos acontecimientos pueden haber aumentado tu fe y confianza en Dios. Al igual que San Pablo, tal vez tú también llevas las marcas de Jesús. Nuestras cicatrices físicas y emocionales significan que Dios entiende nuestro sufrimiento, y que pertenecemos a Cristo.